



Corinna Arrigotti

Corinna llegó a la Casa de la Inmaculada siendo una niña. Vivía solo con su padre. Por desgracia, su madre murió cuando era muy joven. Era una buena música y había venido a enseñar música. Corinna era ardiente por naturaleza y refinada, pero también era muy testaruda.

S. María Mazzarello comprendió que Corinna era fundamentalmente buena y, en un futuro próximo, prometedora para la gloria de Dios. Mientras tanto, al no querer manifestar su conciencia ante un sacerdote que la conociera y con el pretexto de que no podía expresar todas las tonterías de su vida pasada, se negó rotundamente a acudir a los sacramentos. María Mazzarello estuvo atenta para evitar el escándalo. Rezaba para que la rosa silvestre pudiera revestirse pronto de la gracia y así la rodeaba de cuidados afectuosos en un intento de ganar su corazón y conmovérla con argumentos de fe.

Una noche, cuando los demás se habían acostado, habló con Corinna y trató de romper la última resistencia. Finalmente, intentó acercarse a ella hablándole suavemente de su madre muerta. Corinna comenzó a llorar, pensando en el vacío que le había causado la muerte de su madre cuando aún era tan joven. Entonces María dijo en voz baja: "Si tu madre estuviera todavía sufriendo en el purgatorio y esperando de ti una buena comunión, ¿te atreverías a rechazarla? El purgatorio es muy doloroso. ¿Podrías con tu buen corazón dejar a tu madre en ese lago de fuego? La joven se quedó atónita y se derrumbó. Prometió que cumpliría con su deber y al día siguiente consiguió enderezar la maraña de su confusa conciencia y hacer una buena confesión y comunión. Corinna fue conquistada y pronto imitó a la más obediente y fervorosa de sus compañeras. Más tarde se convirtió en FMA



Emma Ferrero

En la víspera de la fiesta de la Virgen llegaron como internas dos hermanas, Emma y Oliva Ferrero. Don Bosco las había enviado. Emma ya tenía dieciocho años y era muy hermosa. Disfrutaba de los bailes, las óperas, las obras de teatro y todos los placeres en compañía de la alta sociedad, hasta que su padre vino a pedirle ayuda a Don Bosco. Don Bosco se había ofrecido a acoger a sus tres hijas: la menor en Turín confiada a la superiora, Sor Elisa Roncallo; las otras dos en Mornese.

El alma de Emma estaba en un estado de rebelión. Cuando la invitaron a confesarse, se negó con una sonrisa irónica y despectiva. La misma actitud marcó su participación en los momentos de oración. Madre Mazzarello, sor Enrichetta (maestra del internado) y sor Emilia (encargada de la educación) habían intentado acercarse a ella y calmarla, pero ella las había rechazado con encogiendo los hombros.

Comía poco, dormía poco, no trabajaba, ni rezaba, irritaba a todo el mundo y sólo le interesaba su baúl. Sor Enrichetta comenzó a prestarle atención, pero sufría mucho, porque sentía que estaba en presencia de un alma que se resistía a la gracia de Dios. Cuanto más intervenía sor Enrichetta en su vida, Emma la consideraba una amenaza. Todas rezaban por Emma.

Madre Mazzarello le pidió a Enrichetta que la acompañara a Bordighera mientras Emilia cuidaba de Emma. A su regreso vio que la hermana Emilia podía llegar a Emma con muchas razones humanas y divinas. Pudo convencerla de que hiciera una buena confesión. La madre se alegró de la noticia y sor Enrichetta se sintió tranquila al verla totalmente transformada.



Maria Belletti

María Belletti era una interna de quien la comunidad había temido y [por quien habían] orado mucho. María Belletti, de dieciséis años, había llegado contra su voluntad como interna el 3 de noviembre de 1874. Su corazón ya estaba lleno de otras ideas. Era una huérfana que, gracias a una herencia, se había hecho rica de la noche a la mañana y se abandonó por completo a los placeres y las diversiones, se dedicó al lujo a lo grande. Pronto sus afectos fueron tomados por una persona que se aprovechó de su situación. Pero Dios había fijado su mirada en la huérfana y, providencialmente, sus parientes la habían llevado a Mornese, para ampliar su educación y rescatarla del peligro.

Sus maneras mundanas mostraron lo que costaría su educación. Aunque su corazón seguía intacto, estaba cerrado a la oración y a una vida ordenada y virtuosa. La comunidad comenzó a rezar a San José para que las iluminara y así poder tomar la mejor decisión. Mientras tanto, las maestras más cercanas a ella hicieron todo lo posible para ganarse su confianza. Sor Enrichetta, encargada de la disciplina de las internas, la seguía día y noche, ganándose su cariño.

Una noche lloró mientras dormía y cuando se despertó empezó a gritar con fuerza, asustando tanto a sus compañeras como a las hermanas. Quería al confesor inmediatamente. Había soñado que el diablo la estrangulaba por sus pecados, y nada la apaciguaría, salvo la confesión, aunque no fuera el momento. Se confesó largamente después de muchos años y lloró durante el resto de la noche.

A la mañana siguiente, la Madre le habló suavemente, la calmó, la acompañó y la guió pacientemente. La oración ferviente y la acción convergente de toda la comunidad provocaron un cambio de vida gradual pero real en esta joven afligida.

